

ELOY CINTRÓN MEDINA, M. A.

Director Escuela Superior
Universidad de Puerto Rico.

ATISBO A NUESTRA SITUACIÓN EDUCATIVA UNA OJEADA A NUESTRA ESCUELA

Parte Segunda*

EN los últimos 17 años, nuestra escuela ha crecido en forma notable. La matrícula prácticamente se ha duplicado desde el 1940 hasta nuestros días y lo mismo ha sucedido con el número de maestros. Una simple ojeada a los siguientes datos revela una interesante historia de continuo crecimiento en lo que se refiere a la matrícula en las escuelas diurnas exclusivamente:

<i>Año</i>	<i>Matrícula</i>	<i>Núm. Maestros</i>
1940-41	286,098	6,478
1945-46	349,959	8,881
1950-51	439,687	9,850
1955-56	545,195	12,336
1957-58	553,398	12,927

Según los planes originales del Departamento de Instrucción, las metas fijadas para el año 1960 con relación al por cien-

* La parte primera de este artículo apareció en esta revista, Vol. VI, Núm. 2.

to de niños de edad escolar que deberán estar asistiendo a la escuela son las siguientes:

<i>Edad</i>	<i>Por ciento</i>
6 - 12 años	91.3
13 - 15 años	75.3
16 - 18 años	41.4
6 - 18 años	78.8

Esas metas se han alcanzado en algunos casos y sobrepasado en otros, de acuerdo con informes oficiales al efecto, lo cual constituye un éxito para nuestro gobierno, especialmente para el Departamento de Instrucción. También es una reafirmación de la gran fe que tiene nuestro pueblo en la educación.

Ese aspecto cuantitativo de nuestra escuela ha sido, hay que reconocerlo, un verdadero logro. Sin embargo, existe descontento en torno a otros aspectos de la educación, especialmente en lo referente a la calidad que, según parece, no satisface a plenitud. Presumo que ese descontento significa que se espera un más alto nivel de eficiencia en los campos de la lectura, la escritura, los conocimientos en general y el manejo de los números. Tal vez pueda añadirse que se espera un nivel superior de logros en relación con el desarrollo de ciertas actitudes ciudadanas que es necesario fomentar en una sociedad democrática.

Conviene aclarar que el tremendo crecimiento de matrícula en nuestras escuelas ha sido, en buena medida, responsable de la aparición o intensificación de tales problemas como el de la doble matrícula, el de la organización alterna, el de la congestión en los salones de clases y el del crecido número de maestros provisionales que carecen de la preparación adecuada para ejercer eficazmente la profesión.

Es natural que esta situación haya afectado la calidad de la enseñanza, produciendo una baja en el nivel de eficiencia. Ciertamente, es muy difícil conseguir los objetivos que se persiguen con un horario tan limitado, con grupos tan numerosos y con tantos maestros sin la preparación que realmente necesitan

para enfrentarse, con probabilidades de éxito, a la difícil tarea de guiar adecuadamente el desarrollo y crecimiento de los niños bajo su dirección. Y si a eso añadimos que de vez en cuando nos empeñamos en adoptar procedimientos que resultan eficaces en otros sitios y condiciones, pero que necesariamente no resultan así en nuestra especial situación, el panorama se complica.

Lo señalado anteriormente no es un intento de traer a la luz unas cuantas realidades para justificar una situación y luego cruzarnos de brazos asumiendo una actitud de impotencia y desesperanza que puede, tal vez, resumirse en la frase *¡qué vamos a hacer!* Eso sería refugiarnos en una actitud conformista.

Creo sinceramente que es bueno conocer las grandes dificultades que hemos venido afrontando y las que tendremos que afrontar en el futuro. También conviene saber lo que un magisterio esforzado y luchador ha logrado a pesar de esas dificultades. Pero estimo que es necesario crear conciencia de lo mucho más que podremos hacer si empeñamos nuestra voluntad en superarnos haciendo obra creadora para fortalecer nuestra escuela.

Muchas personas han expresado ya su opinión respecto a la forma de conseguir este fortalecimiento, de manera que la escuela pueda ofrecer a cada cual lo que realmente necesita para conseguir el mejor desarrollo de su personalidad de acuerdo con sus particulares potencialidades y aptitudes. Para unos, todo consiste en volver a la organización 8-4 descartando la organización conocida como 6-3-3. Para otros, todo es cuestión de construir más salones de clase —alrededor de 9,000 adicionales—, de aumentar el número de maestros en alrededor de 5,000 nuevos profesores y de aumentar el sueldo que éstos perciben en la actualidad.

Mi opinión personal es que cambiar la forma de organización no ha de conllevar necesariamente progreso fundamental alguno. Considero que esta posición es la reacción natural del regreso a “los buenos tiempos de ayer” que advertimos en muchas personas cuando se enfrentan a nuevos problemas creados

por realidades nuevas. A mi juicio, bajo cualquier plan, lo fundamental estriba en las directrices generales de la enseñanza y en la forma en que se enfoquen y afronten problemas de currículo, de política pedagógica y de cierto grado de autonomía que facilite la labor de creación.

En cuanto al aumento de salones de clases, de profesores y de sueldo, no hay duda de que son tres factores fundamentales en la solución final de nuestro problema. Sin embargo no son los únicos. Necesitan el complemento de los factores imprescindibles que hemos señalado anteriormente.

Creo que el sueldo básico de los profesores no debe ser inferior a \$200 mensuales y que los incrementos por preparación y experiencia deben mantenerse al nivel actual o aumentarse si hay recursos disponibles para ello. También creo que deben intensificarse los programas de construcción de salones de clase y de preparación de más maestros para satisfacer las necesidades de nuestro sistema. Pero me temo que algunas de estas cosas tomarán algún tiempo en conseguirse. Sin embargo, hay muchas medidas, a mi juicio fundamentales, que podrían ser motivo de inmediato estudio y consideración a los fines de ponerlas en práctica en un plazo relativamente breve. Es pertinente, pues, hacer un ligero análisis de esas medidas.

Cómo fortalecer nuestra escuela

Hemos admitido que el aumento en las facilidades físicas, en el número de profesores bien preparados y en el sueldo que éstos devengan, son factores que ayudarán a fortalecer nuestra escuela. Pero también hemos señalado que éstos no son los únicos factores que deben considerarse cuando estudiamos la forma de conseguir este fortalecimiento.

A nuestro juicio hay dos áreas del quehacer escolar que deben recibir atención preferente, en el nivel de la acción, sin menoscabo de otros objetivos importantes que se haya trazado el sistema educativo. Estas dos áreas son la eficiencia académica

mica al nivel de las potencialidades y capacidades de cada individuo y el fomento de un estilo de vida que asegure una eficiente ciudadanía democrática en el sentido más amplio y práctico posible.

La eficiencia académica de que hablamos supone más exigencia, mayor reto para el educando, hasta el punto donde cada uno pueda llegar utilizando a plenitud sus potencialidades. Significa crear conciencia en los maestros, en los supervisores, en los estudiantes y en los padres, del alcance de este principio en la práctica diaria en el salón de clases. También significa la diferenciación en la dieta educativa, de manera que los estudiantes brillantes no resulten ser los peor servidos en nuestra escuela.

Para conseguir una mayor eficiencia académica habría que sentarse a discutir adecuadamente muchos problemas de vital interés, entre los que podríamos mencionar los que se refieren al currículo, a la agrupación, a la cooperación del hogar y a la supervisión.

No es fácil ofrecer soluciones a todos estos problemas, pero el deseo de afrontarlos y el estudio honesto y eficiente de los mismos, tomando en cuenta la evidencia que nos ofrece la realidad, puede ayudar a crear los mejores medios de tratarlos.

En cuanto al problema del currículo, se nos ocurren algunas preguntas relacionadas con los programas de estudio. ¿Satisface plenamente el programa de problemas de la comunidad las necesidades de nuestros niños en los grados cuarto, quinto y sexto? ¿Convendría elaborar un programa para estos tres grados que atienda específicamente a sus necesidades en los campos de la ciencia y de los estudios sociales? ¿Podrían conseguirse mejores resultados en la enseñanza de la lengua? ¿de la aritmética?

En los grados primarios resulta casi una obligación estudiar detenidamente el programa de lectura y las prácticas que se siguen en su enseñanza. En este campo tenemos muchas personas bien preparadas que podrían contribuir eficazmente a mejorar la situación. Nos parece que personas como la Dra. Sáez,

la Dra. Pastor, la Srta. Gómez Tejera, la Srta. J. Méndez, el Dr. Adolfo Jiménez Hernández, el Dr. Porras Cruz, el Dr. Rodríguez Bou y otros cuyos nombres sería prolijo enumerar, podrían estudiar la forma de utilizar ventajosamente los recursos fonéticos de nuestro idioma.

En la escuela secundaria, nos parece que convendría, especialmente en el curso general, un buen estudio de los requisitos de graduación. Tal vez convendría crear el curso más especializado que comúnmente llamamos “preparatorio para colegio”.

Debería considerarse la posibilidad de requerir cursos en las ciencias físicas para otorgar el diploma de escuela superior. Tal vez podría instrumentarse la forma de requerir un año de estudios sobre la historia y los problemas de Puerto Rico, así como sobre la historia y los problemas de Estados Unidos.

En relación con el problema de la agrupación —otro asunto que merece profunda consideración y pensamiento— queremos consignar que es imperativo utilizar algún criterio para hacer agrupaciones. El determinar y usar con éxito un criterio para estos fines, constituye un verdadero reto para los educadores.

Se me ocurre pensar que, tal vez en primer grado, el criterio inicial de agrupación podría ser la edad. En los grados segundo y tercero, la eficiencia en la lectura, y en los grados cuarto, quinto y sexto, otra vez el criterio de la edad.

En la escuela superior, debería estudiarse concienzudamente el asunto para determinar qué hacer a este respecto. Luego habría que estudiar y evaluar los resultados. A nosotros, por ejemplo, nos ha dado resultado el uso de la eficiencia en inglés como criterio de agrupación. Debido a ello tenemos grupos que trabajan en un nivel altísimo, mientras otros lo hacen en uno inferior; pero todos encuentran reto en la labor diaria que realizan en la escuela. Lo importante es estudiar la situación y fijar un criterio apropiado que sea pedagógicamente correcto. Es necesario utilizarlo por algún tiempo y observar los resultados. El estudio constante de la situación determinará el curso de acción a seguir.

La cooperación del hogar es de suma importancia. El orientar a los padres debidamente contribuirá de manera efectiva a que éstos se ocupen de preparar programas de vida con sus hijos, de supervisar el trabajo escolar que se hace en la casa, de investigar cómo pueden contribuir al desarrollo de mejores hábitos de estudio por parte de sus niños y de buscar más información en torno al problema de la crianza y la dirección de sus hijos. Aquí, me parece, existe un buen reto para los líderes educativos y para las juntas locales de maestros.

Creemos sinceramente que el problema de la eficiencia académica está vinculado también a la realidad de que necesitamos una mejor supervisión. Creemos que el supervisor local debe demostrar que está ejerciendo un liderazgo más efectivo y debe dar claras pruebas de su iniciativa y de su actividad creadora. La actitud de no hacer sin recibir órdenes expresas y la de ordenar a sus colaboradores a seguir un curso de acción “porque lo mandan de arriba” pueden contribuir a enmohecer muchas de las buenas facultades de un buen supervisor.

Una buena supervisión mantiene un buen programa de pruebas, una más intensa labor de orientación para todas las personas directamente vinculadas al sistema, un constante esfuerzo cooperativo de investigación para ir mejorando cada día la situación enseñanza —aprendizaje y una actitud de humilde aceptación de que vamos mejorando aunque probablemente nunca llegaremos a la perfección. Una actitud así nos alejará de un sentimiento de complacencia o de conformidad extrema ante nuestros logros y del peligro de colocarnos a la defensiva ante el más leve asomo de crítica o de ideas enderezadas a realizar cambios en lo que hemos hecho.

Cuando hayamos creado conciencia en los padres, estudiantes y maestros, de que en la escuela cada cual viene a hacer lo más que puede de acuerdo con sus particulares potencialidades, cuando dejemos de pensar que el más leve fracaso “frustrará” inevitablemente a cualquier niño que lo experimente, cuando seamos más exigentes sin necesidad de ser innecesariamente autoritarios o profundamente disciplinarios, cuando nos convenza-

mos de que puede conseguirse un alto grado de eficiencia académica sin dejar de atender adecuadamente al desarrollo de actitudes, hábitos, sentimientos, ideales y valores morales y espirituales, habremos efectuado un gran avance en lo concerniente al desarrollo de una base académica más sólida en nuestros estudiantes.

Un estilo de vida

Nuestro mejor esfuerzo en la brega escolar no ha de ejercerse exclusivamente para imprimirle mayor eficiencia académica al producto de nuestra escuela. Debe también realizarse para lograr que nuestros estudiantes vivan el estilo de vida que esperamos habrán de vivir siempre. Este estilo de vida deberá basarse en el concepto de "la vida buena", tal como debería concebirse en una sociedad de profundo sentimiento cristiano y de arraigada actitud democrática. Es un estilo de vida para comprenderse y para vivirse cada vez más plenamente; no para mantenerse en el nivel del vacío e improductivo verbalismo.

A nuestro juicio, ese estilo de vida ha de estar constituido por cuatro elementos indispensables: el respeto a la dignidad de todo ser humano, el uso adecuado de la libertad, la búsqueda inteligente de la verdad y el desarrollo de una saludable ciudadanía militante.

Sinceramente creemos que en el ámbito escolar debe respirarse una genuina actitud de respeto a cada individuo. Deberá manifestarse en el diario bregar en el salón de clases, en el trato entre estudiantes y profesores, en la dirección de la faena de enseñanza. Es conveniente discutir el tema con los estudiantes para hacerlos conscientes de la forma en que esta actitud de respeto se debe manifestar en los pequeños detalles del diario vivir y que sería saludable, de vez en cuando, detenernos para hacer alguna clase de evaluación de nuestra conducta en términos de ese sentimiento de respeto. Creemos más, creemos que este concepto de respeto debe trascender de las personas a las cosas: el edificio, el árbol, la propiedad pública, las leyes que nos go-

biernan . . . Mediante la discusión y evaluación de logros y nuestras fallas, podemos ayudar a dirigir el crecimiento de nuestros estudiantes en el desarrollo de una actitud de respeto más deseable.

Para aprender a usar la libertad hay que empezar por tenerla, ya que no podemos aprender a usar lo que no poseemos o no tenemos oportunidad de usar. Y como la libertad es, además, ingrediente importante en el esfuerzo por estimular la obra creadora, es preciso que el aula ofrezca cierto grado de libertad al estudiante, pero una libertad compatible con su madurez y con el orden y la disciplina que deben reinar en toda sociedad organizada. Esto significa que el estudiante tendrá oportunidad para participar en la confección de su programa de estudios y de vida, que tendrá oportunidad para usar su iniciativa en un buen número de actividades escolares utilizando la orientación y guía del profesor, que participará activamente en la preparación de reglas y normas que han de regir en el ámbito escolar y que serán obedecidas por todos mientras estén en vigor, que traerá ideas sobre actividades escolares y se sentirá seguro de que las mismas se considerarán debidamente.

En un ambiente de respeto mutuo y de la debida consideración personal, el estudiante podrá discrepar de las ideas de sus compañeros y de su profesor cuando se trate de la expresión de opiniones individuales, y tendrá oportunidad de expresar su sentir y su pensar a través de diferentes medios: la lengua hablada y escrita, la obra artística, el proyecto científico.

Proveer un ambiente de libertad no significa que el estudiante ha de asumir los deberes propios del administrador escolar. Ciertamente, el estudiante no va a administrar la escuela ni va a servir de policía o de juez con relación a sus demás compañeros. Sin embargo, en el Consejo de Estudiantes y en muchas otras organizaciones estudiantiles tendrá oportunidad de desempeñar ciertos deberes administrativos ajustados a la naturaleza de la organización, y de participar, con cierto grado de independencia, en actividades de la escuela que le den cada vez mayor oportunidad de hacer más y mejor uso de su libertad.

Buscar la verdad por los caminos de la inteligencia supone deseo de inquirir, actitud de curiosidad, empeño de investigar. Supone la duda creadora que empuja al hombre a tratar de satisfacer su ansia infinita de saber. Como parte integrante de un estilo de vida, lleva al maestro y al educando a leer más, a experimentar, a considerar posiciones antagónicas, a suspender el juicio hasta encontrar más y mejor evidencia, y, en muchos casos, a postular y probar nuevas hipótesis.

Esto significa que en la actividad enseñanza-aprendizaje ni el profesor ni el educando dependen de un solo tipo de experiencias o de un solo libro de texto. Por el contrario, se hace más y mejor uso de la biblioteca, del conferenciante particular, de la experimentación, de la ayuda audiovisual. En la clase de historia, por ejemplo, se está consciente del problema de la historia: la interpretación del suceso histórico. Y se abreva en diversas fuentes para conocer las distintas interpretaciones. Impera en la actividad de enseñanza un genuino deseo de razonar, de pensar, de buscar el porqué de las cosas.

Para nosotros, el término “ciudadanía militante” tiene dos aspectos importantes: el aspecto del hacer y conseguir que otros hagan y el aspecto del no hacer y conseguir que otros no hagan. Veamos.

En el aspecto positivo del hacer incluimos aquellas actividades de carácter caritativo, social, cívico, propias de una buena ciudadanía. Así, los educandos participarán voluntariamente y por iniciativa propia en campañas para ayudar a las víctimas de un desastre, a los desvalidos, a los necesitados. . . Y demostrarán su nivel de crecimiento en este aspecto del estilo de vida que fomentamos cuando en los actos sociales ponen de manifiesto las buenas maneras, cuando hacen uso adecuado de su derecho al voto, cuando se preocupan, sin presiones externas, por cumplir las reglas y los reglamentos que ellos mismos han contribuido a preparar. Es importante que estas cosas se hagan, pero es quizás más importante, el inducir a hacerlas.

El aspecto negativo —el no hacer y el influir para que otros no hagan— es quizás el más difícil de conseguir. Se trata

de que el educando vaya autodisciplinándose y se abstenga —por iniciativa propia y sin presiones externas— de hacer aquello que no debe hacer: violar los reglamentos, intervenir con la paz o la sana alegría que ha de reinar en determinado acto social, exhibir maneras vulgares o rudas cuando forma parte de una audiencia, engañar deliberadamente a los demás. . .

Es difícil lograr el desarrollo de este estilo de vida. Y lo probable es que nunca lleguemos al nivel de nuestras aspiraciones. Pero es necesario insistir en conseguirlo creando conciencia en el educando de lo importante que es este ideal y proyectándonos al hogar para que la comunidad también sepa a dónde vamos en este sentido y cómo puede cooperar en el logro de los fines que nos proponemos.

Si el empeño educativo se satura de estos dos grandes propósitos —el conseguir la mayor eficiencia académica posible y el desarrollo del estilo de vida que hemos descrito—, si el liderazgo educativo se preocupa por estudiarlos desglosándolos en términos de lo que significan en el diario quehacer escolar, si los maestros se empeñan en que estos propósitos trasciendan a la acción y no se queden en las meras palabras, si la comunidad se entera del asunto y se convence de su razón de ser y si los estudiantes empiezan a aceptarlos porque los comprenden mejor, estamos seguros de que todo ello contribuirá poderosamente a mejorar la situación educativa.

Hay otros factores

La tarea de dirigir el sistema educativo de nuestro pueblo es, a nuestro juicio, una labor sumamente difícil y compleja. Porque el empeño es satisfacer las necesidades de todos nuestros educandos, y los factores que entran en juego cuando tratamos de satisfacer estas necesidades son demasiado numerosas. Además, existe tal trabazón entre unos y otros elementos que la madeja resulta extraordinariamente complicada. Por eso creemos que el esfuerzo para mejorar nuestra situación educativa ha de realizarse en muchos frentes.

Hemos señalado anteriormente la forma en que, según nosotros, podría propiciarse una señalada mejora en los resultados de nuestro esfuerzo educativo. Pero comprendemos que hay muchos otros aspectos del panorama que podrían y deberían estudiarse a los fines de conseguir un mayor grado de efectividad. Por lo tanto dedicaremos brevísimas líneas a considerar aquellos que se nos ocurren de momento, pero comprendemos que no son todos los que deberían considerarse.

En primer lugar, nos parece que hay necesidad de que el educador local disfrute de un mayor grado de autonomía. Ello conlleva, claro está, una mayor carga de responsabilidad.

El sistema escolar de Puerto Rico es un sistema muy centralizado. Y nosotros creemos que está bien que sea centralizado, pero con una buena dosis de autonomía para el educador local. Así, nos parece que, enmarcado dentro de ciertos conceptos generales de filosofía y de política educativa, es el superintendente —con la colaboración de otros funcionarios de supervisión local, de los maestros y de otras personas envueltas en la situación total— quien debe formular los planes específicos para su distrito y debe estar dispuesto, además, a justificarlos a base de sanos principios pedagógicos y de la realidad con la cual se confronta.

Si esto es así, la relación entre el líder y el supervisor general deja de ser la que existe entre un inferior tratando de complacer a un superior y se convierte en la que debe existir entre un líder educativo que utiliza, como recurso, los servicios de un experto, en un esfuerzo por atacar debidamente los problemas que tiene ante su consideración.

Cuando hay autonomía local no se puede ordenar que no se retengan estudiantes en tal o cual grado, sino que habría que establecer una regla de carácter muy general dejando en completa libertad al liderato local para hacer todos los ajustes que se crean necesarios y respondan a una sana política pedagógica. Tampoco tendrían que tomarse largas horas para revisar los programas locales tratando de determinar si le faltan o le

sobran cinco o diez minutos en el horario. Eso sería responsabilidad local.

Creemos que un ambiente de autonomía local estimularía la acción creadora, y el liderato local crecería profesionalmente al intentar nuevas soluciones a problemas nuevos. Así, la política de agrupación en una escuela determinada respondería a un estudio de la situación y no a una fórmula dictada por alguien que desconoce el problema.

Queremos insistir en que proponemos solamente un mayor grado de autonomía. Ello significa que habría que sentarse a estudiar hasta dónde podría llegar el líder local en el uso de esta autonomía y cómo debería responder ante la oficina central. Significa también que habría que relevar un poco al líder local del pesado trabajo oficinesco que tiene que hacer en la actualidad para darle mayor relieve como educador.

Se nos ocurre pensar que los supervisores generales del Departamento de Instrucción muchas veces no se sienten contentos con lo que hacen. Saben que están haciendo un gran esfuerzo, que quieren hacer lo mejor, pero comprenden muchas veces que su obra no es tan eficaz como debería ser. La verdad es que no pueden hacer más de lo que hacen. Uno o dos supervisores en cada área no pueden satisfacer las necesidades de tantos maestros. Por eso su labor a veces se pierde y otras veces se malinterpreta. Por lo tanto, se nos ocurre pensar que otra forma de ayudar a mejorar la situación educativa general sería la de crear nuevas organizaciones de supervisión para atender, con la debida intensidad, a las necesidades locales. Sugerimos, pues, oficinas regionales de supervisión que tengan un número de expertos o técnicos para servir de recursos de supervisión a los líderes locales de cada región. Habría que estudiar cuántas de estas oficinas podrían establecerse, pero me parece que cada una de ellas debería abarcar sólo un número relativamente pequeño de distritos, dependiendo de su tamaño. Estos supervisores regionales serían los recursos que constantemente estarían dando servicio a los distintos distritos dentro de su región. Orientarían a los profesores, organizarían demostraciones, com-

plementarían y enriquecerían la obra del líder local. Y los supervisores generales del Departamento de Instrucción servirían de coordinadores de todas estas oficinas regionales en un esfuerzo por imprimir a la obra aquel grado de uniformidad que resulte conveniente y deseable. De esta manera su obra llegaría más efectivamente a cada escuela y cada maestro.

③ El tercer factor del cual se nos ocurre un par de ideas es el Colegio de Pedagogía. Sabemos que el Colegio está empeñado en producir más y mejores maestros. Pero creemos que las facilidades con que cuenta no son suficientes para conseguir lo que desea. Por eso sugerimos considerar seriamente la posibilidad de establecer algunos centros en la isla, bajo la administración y orientación del Colegio, para ofrecer oportunidad de estudiar el curso normal a otros estudiantes en adición a los que se aceptan en Río Piedras. Tal vez un centro en Humacao, otro en Aguadilla y otro en Aibonito —o en los sitios en que se determine que rendirían mejor servicio— ayudarían a resolver dos problemas: el de los maestros provisionales y el de los maestros adicionales que se necesitan para la expansión del sistema, para la eliminación de la doble matrícula y para ocupar los sitios de los que dejan la profesión. Estos centros podrían ofrecer cursos diurnos y no intervendrían con el programa de los cursos extramuros sabatinos.

Por otro lado, el Colegio deberá ofrecer, a la mayor brevedad posible, cursos avanzados para la preparación de líderes locales que puedan enfrentarse con éxito a las responsabilidades crecientes de un educador local con más libertad para actuar, pero con una carga más pesada.

El último factor sobre el cual se nos ocurren algunas ideas no es, por cierto, el de menos importancia. Se trata de la Asociación de Maestros de Puerto Rico. Sobre ella se podría escribir mucho. Sólo nos basta anotar que ha contribuido poderosamente a desarrollar en el maestro mayor sentido de seguridad. Y esto ha ayudado a elevar la moral en el magisterio. Esta labor orientadora debe continuarse.

La Asociación puede y debe auspiciar y llevar a cabo más actividades de índole puramente profesional. Las Juntas Locales deberían auspiciar actos para orientar a los padres en los problemas relativos a la crianza y manejo de sus hijos y para discutir en la comunidad problemas de conducta y de orientación educativa. También podrían ofrecer actos culturales que ayuden a refinar el gusto del pueblo. Los departamentos deberían considerar la posibilidad de dar a conocer los ensayos que se hacen en algunos sitios y deberían, además, auspiciar otras actividades enderezadas a ofrecer a sus miembros posibles soluciones a sus más presionantes problemas. Tal vez convendría auspiciar una publicación anual que recogiera el pensamiento de los líderes en torno a asuntos educativos de verdadero interés.

Finalmente . . .

Queremos insistir en que la tarea de mejorar nuestro sistema educativo requiere hondura en el pensamiento y certeza en la visión. No hay cabida en esa obra —si queremos que sea obra trascendente— ni para la histeria ni para las posiciones extremas.

Sinceramente creemos que esa brega requiere gran serenidad y la decisión firme de considerar los problemas que encontremos con verdadera actitud científica y en total rechazo de la influencia de prejuicio o de las reacciones puramente emocionales. No se puede caer en el ambiente de histeria en que han caído muchas personas en Estados Unidos al enjuiciar el sistema de educación de su país.

También creemos que hay que abandonar las posiciones extremas. Ni la promoción automática en masa, ni la retención caprichosa, ni la actividad física sin fundamento y sin provecho, ni el ambiente de pasiva receptividad sin oportunidad de diferir, de constatar, de investigar . . .

En esta brega tenemos que ser, a la vez, arriesgados y cautelosos. Y, aunque parezca paradójico, hay que atreverse a in-

tentar cosas nuevas, a abrir nuevas brechas, pero hay que evitar los ensayos en masa, la experimentación con todo un sistema educativo.

Conviene considerar la posibilidad y la deseabilidad de poner en práctica nuevas ideas: la implantación de una Junta Estatal de Instrucción, el establecimiento de los Colegios Intermedios (Junior Colleges), la extensión del excelente programa de educación vocacional, la participación más amplia y efectiva del pueblo en la faena educativa y otras semejantes. Pero hay que ser cautelosos. Es necesario estudiar a fondo cualquiera de estas ideas que se desee poner en práctica en dimensión estatal. En algunos casos es imprescindible el ensayo controlado en el nivel local. Realmente, no se puede jugar con la educación de un pueblo que es, en fin de cuentas, su más preciado tesoro y su más grande esperanza.